

mo, pero suavizará la rigidez del filósofo alemán en cuanto a la separación de las épocas y los lugares.

En lo que concierne al simbolismo, se encuentra una breve mirada tanto de la poesía panteísta hindú como del hebraico Cantar de los Cantares. Pero lo más interesante es, como siempre, lo controversial: ese enfrentamiento entre esa cima última en que Martín coloca al clasicismo —como equilibrio perfecto de imaginación, razón y sentimiento—, con el romanticismo, ese “*arte de rebeldía y libertad*”. Es importante aclarar que para el autor las dos corrientes son “expresiones de las dos civilizaciones trascendentes en Europa: la helenorromana y la cristiana”. (pág. 154).

Martín encuentra la cuna del clasicismo en la medida griega y la del romanticismo en el Sermón de la Montaña, siguiendo los pasos de Eduardo Ospina, religioso colombiano:

*La revolución artística del romanticismo se basa, en gran parte, en la angustia y en la ansiedad sembradas por Jesucristo y transmitidas, de manera consciente en unos casos y subconsciente en otros, a todos los artistas cristianos que comprenden la ineptitud de las formas exteriores, limitadas, para interpretar lo ilimitado y lo infinito. [pág. 155]*



Luego de conducirnos por los puntos de encuentro y desencuentro de simbolismo, clasicismo y romanticismo, así como de su nacimiento, auge y caída, Martín desemboca en el modernismo como muestra principal de las nuevas corrientes hispanoamericanas que renuevan la literatura después de la decadencia del romanticismo europeo hacia principios de siglo.



En la tercera parte, *El camino del hombre*, Martín se pregunta acerca de cuál dirección puede tomar el escritor —y el hombre en general— en nuestros días. Aboga por un retorno de la literatura a los temas espirituales, a las preguntas eternamente sin respuestas, al camino de la duda que persigue la luz. La influencia de la creencia del autor en Cristo se hace más evidente que en ninguna otra parte del libro, hasta el punto de que una vez que Martín ha mostrado el grueso y complejo nudo de la existencia y la responsabilidad del arte en nuestra época, el lector se pregunta si realmente, para resolver los problemas profundos de la literatura y la vida contemporánea, es necesario

*volver los ojos hacia aquellos que no sólo aman sino que se apasionan y que pertenecen a esa familia capitaneada por Pablo [Saul] de Tarso y Agustín el Africano, hombres que participan de la sustancia del relámpago y que com-*

*prometen su existencia misma en busca del camino que ha de llevarlos a la verdad y la vida. [pág. 217]*

No es vana la mención de Pablo y Agustín, figuras capitales de la religión cristiana, al final de esta reseña, pues la opinión que uno se puede formar de este libro está tan sujeta a tanta controversia como las acciones de estos dos hombres. Más allá de su habilidad con la pluma, Carlos Martín tiene el mérito de haber escrito un libro honrado: un libro donde expone sin máscaras buena parte de sus creencias alrededor del tema múltiple de la literatura. En buena parte la calificación que nos merezca este libro dependerá, precisamente por la cualidad personal de sus páginas, de nuestras propias concepciones al respecto.

ANDRÉS GARCÍA  
LONDOÑO

## Siempre en domingo

### Del domingo al vacío / Del domingo al vacío

Adolfo Zableh Durán / Fernando Araújo Vélez

(Presentación [cara y sello] de Gabriel Pabón)

Editorial Kimpres, Bogotá, 1999, 93 y 135 págs.

Este libro de título compartido es en realidad dos libros, aunque el fútbol —“pasión de multitudes”, como dicen los entendidos—, la escritura y, claro está, el día del descanso sean supuestamente los hilos que los unen. Transcribo mis notas de lectura, como no podía ser de otra manera, un día domingo: comienzo de la primavera en el hemisferio sur y anuncio de la caída de las hojas en la cuadra de mi casa. Después de las acciones terroristas en Nueva York y Washington, escribir sobre autores colombianos, que han sufrido lo mismo durante decenios, resulta com-

plejo. No hay que llegar a extremos tampoco: Theodor Adorno y Sartre se preguntaron cómo escribir después de Auschwitz, o de Hiroshima, o de las bombas de *napalm*. Creo que uno debe escribir con todo el amor que tenga por la vida y por la decencia que debería imperar en la vida. Araújo y Zableh escriben con ganas, por más que algunos de sus temas le pisen los callos a Schopenhauer o dejen oír una carraspera debida menos al aguardiente que a los pulmones de Kafka. Sí, mencionan a los de rigor: Emile Cioran, Nietzsche; pero también salen Charlie García y Rubén Blades, así que la salud mental está resguardada (incluso, si la memoria no me abandona, pues no leo El Gráfico argentino desde fines de los años sesenta, hay citado uno de esos tigres del periodismo deportivo, pero no diré su nombre para no agredir más a mi vejez en caso de equivocarme). Bueno, pues no ocultan sus fuentes de autoridad. Y es lo de menos, creo, hablar de deudas en ninguno de estos escritores: conviene apreciar, eso sí, el gozo con que escriben y el desparpajo que no oculta un factor decisivo: la inteligencia. Escribir con ganas, la gran consigna. Y este libro puede leerse por donde a uno le dé la gana, y la diagramación colabora en ese sentido. Escribir con la pasión que nos quede, escribir como si la gracia nos perteneciera. Por mi parte, leer estos fragmentos equivale a pernoctar en la víspera de cada inspiración. Y la sinceridad se nota, hasta en el extremo. Dice Zableh en su preámbulo personal: "Sólo hay dos formas de que un limitado escritor del montón escriba algo decente (no digamos bien): estando borracho o excitado. [...] Es un *hobbie* escribir borracho porque se juega con el borde del abismo..." (pág. 10). Diría que no, tajantemente. Escribir borracho juega con el borde de las arcadas... Al respecto cabría recordar la técnica alcohólica del gran Julio Ramón Ribeyro: reconocer el momento (el número de copas de vino) que anuncia ese estado en que el mareo del lenguaje es mínimo y resulta máxima la altura que toma la lucidez.

Pero eso no es todo: sé que los textos de Zableh y Araújo no pertenecen a un diario, aunque siempre tengo la sospecha de que los conjuntos que se arman así tienen su origen en un diario personal que ha sido desempolvado y sometido a la fricción como el juego de cubiertos de plata para la celebración familiar. Y sin embargo son fragmentos que no pretenden ir más allá, y por lo tanto llegan a donde no se lo impusieron a la fuerza. Recuerdo mi lectura, a mediados del decenio anterior, del diario de Juan Ríos, poeta y dramaturgo (no sé si en ese orden) que peleó en la guerra civil española en las milicias republicanas y murió en el vecindario de Barranco, en una casa muy hermosa que mira el mar de lejos, casi al comienzo del *Puente de los suspiros*. Siendo limeño, la expectativa de un diario titulado *Sobre mi propia vida* iba más allá de lo imaginable. Tengamos en cuenta lo que José María Arguedas vivió en una de sus primeras experiencias con los limeños (él venía de lo que, con metáfora más gastada que motor diésel, se suele llamar *el Perú profundo*). Acompañaba a tres lenguaraces de antología (según el diagnóstico de Arguedas) que no dejaban vivo a nadie<sup>1</sup>. A esa tradición de escritores peruanos perteneció Juan Ríos (1914-1991), y sin embargo su testimonio íntimo, su diario, es una suma, por momentos apasionante, de grandes frases para la posteridad (la peor manera de que la posteridad se encargue de uno). Salvo que su deseo expreso de editar unos diarios más completos haya pasado por las purgas y recortes de una censura familiar o de herederos literarios, ya que la edición no indica a cargo de quién estuvo<sup>2</sup>. Esa decepción, por ejemplo, me vino a la cabeza —por otra causa— cuando leía *Del domingo al vacío*. Y no es para comparar a los jóvenes colombianos con un escritor ya maduro y cuajado como Ríos; me vino a la memoria quizá porque comprendí que el lenguaje siempre termina siendo una regla de dos filos, y más vale que sepamos, con cierta modestia, de qué lado hemos de medir nuestra pasión por

la vida que se evade, por esa joya única. Araújo y Zableh decidieron correr sus propios riesgos y no subirse al pedestal de nadie (ni el de ambos, que seguramente ya existe). Decidieron, pues, decir del mejor modo posible aquello que sintieron como urgencia. Esto trae, por supuesto, sus bemoles a veces a nivel de estilo o de profundidad o de elección. Pero la frescura es única, así como el enigma que para mí dejan en el lector que carece, salvo las fotos de cada solapa, de datos sobre ellos. Me tendré que contentar con la ficción a partir de ambas imágenes.



Adolfo Zableh podría ser un pariente argelino de Albert Camus (cuya madre tenía sangre española), con toda la pinta de un ciclista de la vuelta a Francia o de un volante del Paris Saint-Germain, antes de haber sido adquirido por un club holandés en una transferencia millonaria (de ahí la sonrisa picarona). Por su lado, Fernando Araújo se nos presenta como un excéntrico caballero inglés fotografiado en un bosque de Lewis Carroll para el álbum del Guinness Book de la cerveza negra, sustanciosa de malta. Pero no lo venera el fox terrier tradicional, aunque sí tiene el sacón, la barba, el cigarrillo en la mano lacónica y el gorrito escocés que parece hecho con retazos de mantel de *picnic*. Junto al árbol hay un niño triste que mira como en un poema en prosa de Vallejo o en una contorsión vanguardista de Oquendo de Amat.

Hagamos una división del trabajo, no sin señalar que los temas de fondo (Dios, la mujer y el amor eró-

tico, la estructura familiar, la escritura) sobrepasan a los de superficie (el fútbol es un pretexto). Empecemos con Adolfo Zableh. De él dice Gabriel Pabón que “hay una intensa voluntad de escribir; pero, sobre todo, hay mundo” (pág. 4). En este rubro, una de las obsesiones de su territorio es la visión del propio escritor como ya consagrado: va y viene por este sendero de las hipótesis, algunas veces con un desenfado genial (en “Trono vacío” el protagonista se imagina que García Márquez le cede el paso en el Maracaná, cuando por los altavoces llaman al “escritor vivo más importante del mundo” [pág. 55], otras veces con menos felicidad (es el caso de los finales de “El látigo del flagelo” [pág. 16], y de “¿Quién querría leer esto?” [pág. 117]). La escritura misma, como tema y realización, se convierte en una forma vicaria de control de calidad, porque a través de ella uno distingue las notas que trascienden de aquellas que podrían ser interjecciones o blasfemias metafísicas en el diario íntimo. Dos ejemplos muy significativos son “Anciano de 20” (pág. 21) y “Tu madre quería lo mejor” (pág. 109); en ambos textos la imprecación no se eleva y uno sólo puede pensar en un contexto distinto para ellos, quizá *Mi corazón al desnudo*, de Baudelaire. No levitan esos textos, pero tampoco se hunden. Los exabruptos, como la política nacional, son de difícil manejo; la política internacional es también de difícil manejo, y por lo tanto el tiempo del texto es efímero. ¿Qué nos queda en esta fuga de talentos —que son las palabras— en la cotidianidad? Nos queda tal vez un placer paralelo que se origina en el enigma de respirar y conseguir que las palabras hagan algo semejante. Zableh logra esto en no pocas ocasiones, lo que es todo un éxito pero no de la fama (que a la larga importa muy poco en la literatura que cuenta de veras) sino del acontecer expresivo. Cielo cercano, punta del lápiz borrado a medias, a medias intuitivo. El flanco débil de Zableh podría ser, de hecho, aquel filo confesional que se da, supongo, casi por descuido. Esto es interesan-

te porque un adverbio, casi por descuido también, “dice” lo mismo desde el punto de vista del estilo<sup>3</sup>. En cambio cuando acierta, lo hace con agudeza sensacional<sup>4</sup>. Entremos en otros temas de profundidad. ¿Por qué un texto como “Duelo” está más cerca de la poesía pero no llega a ser —ni pretendería serlo— un poema? Su descarnada fuente de inspiración es la serenidad imposible:

*Me duele tanto estar contigo como me duele también no estarlo. Ahora que no nos vemos, me duele que estés lejos y que tu ausencia lacere mi fe en ti. Me duele que tú me ames porque a veces preferiría que no me amaras para que me doliera tu indiferencia y así poder amarte un poco más... [pág. 112]*

Acá la poética confesional está por completo al servicio del lenguaje, hay una herida que —en el plano de la ficción, insisto, en el plano de la creación de personajes y voces— confunde los objetos de su profundo deseo. ¿Le habla esa voz a una novia perdida? ¿Le podría estar hablando al mismo tiempo a la figura paterna, a la figura materna, a su transfiguración continua en el rostro de Dios? Ciertamente el padre constituye una ausencia que trata de ser llenada con interrogantes. Y la madre se constituye en motivo de juicio:

*Soy el portador del testimonio que inculpa a mi madre. Y pienso darlo aunque de mí dependa su condena. [“Objetividad a la raya”, pág. 54]*

*No confíes en el hombre que no le pega a su madre o en el que paga puntualmente sus impuestos... [“Ni en vos confío”, pág. 91]*

*Extraño esos días en que tenía mi propio baño, mis necesidades fisiológicas eran únicas y privadas. Ahora tengo que compartir un baño y soy más amargado que hace unos años. Cuando estoy en el sanitario pienso en las mujeres que han pasado por mi vida y como soy un solitario y un inepto*

*para las mujeres y el amor sólo puedo pensar en mi madre, mi hermana y mi abuela. Qué hermosa poesía. [“Aplausos al poeta”, pág. 95]*

*...Mi madre. Yo sé que ella me sobrevaleora. Soy común en todo y ella me ve como el profeta extraordinario que se engendró en su vientre. Mis pocas y pequeñas virtudes ella las convierte en descomunales dones; mis innumerables defectos ella los minimiza o culpa a otros por ellos. Qué santa maldita es mi madre, tiene tantos detractores... [“Viéndonos que nos ven”, pág. 97]*

*Tengo un hombre al que le di a guardar todo lo mío: una carta para la mujer que amo, la declaratoria de inocencia de mi madre, las alegrías de la vida... [“La sangre de un hombre”, pág. 102]*

*Yo también he hecho porquerías, me he distraído en la iglesia, le he pegado a mi madre... [“El mito del hombre bueno”, pág. 113]*



En cuanto al padre, se puede decir que existe un personaje que no es nombrado en ninguno de los textos pero cuyo aliento, jadeante, se siente entre líneas. Llámese Telémaco, llámese Juan Preciado: sea su padre un héroe o un desalmado, poco interesa. Importa la búsqueda sin tregua de un sentido: “Mi padre apos-

tó 55 años de su vida a ser feliz [...] Mi padre apostó y perdió" ("Un golpe a la pared", pág. 99). Importa el anhelo de orientarse en lo desconocido y optar por una solución de novela policial platónica:

*...la existencia de terribles celos entre Dios y el hombre queda probada al revelar que la forma que tiene Dios para autoanularse es que la razón por la que millones de seres creen en él es la misma que argumentan los ateos para no creer: Dios es incomprendible, se sale del entendimiento humano. Dios es un ser perfecto y nadie conoce sus designios. No se puede rebatir una doctrina incoherente que el hombre pensante y lógico no entiende. ["Intriga para dos", pág. 130]*



Ésta no es una preocupación inocente. Tiene que ver con la escritura misma, con sus progenitores afamados: masturbación y orgasmo. Tiene asimismo que ver con la salida menos amable, que deviene humor negro a lo Ambrose Bierce: "Me divertí mucho cuando se emborrachan y le pegan a su mujer y a sus hijos, cuando pelean y se orinan en la calle..." ("Como los animales", pág. 53): "Señor, la próxima vez no pierda el tiempo: cójala del hombro, sacúdala, despiértela, fórzela [*sic*], ráptela, hágala vivir, hágala vivir su más ardiente fantasía erótica..."

("Solo para recordar", pág. 121). Esta secreción de la nunca bien ponderada cultura nos devuelve una y otra vez a la tácita pregunta y explícita respuesta:

*El dios filósofo, que es ateo, se enfrasca en una polémica con los dioses fervorosamente católicos. La lucha es encarnizada y sin cuartel. Discuten acerca de un tema que es determinante para la vida en el cielo: la existencia de un ser superior y armonioso, la existencia del hombre. ["Soy tres, somos uno", pág. 52]*

Así, pues, se fusiona la imagen velada de Dios con la humana, que para mejor identificación podría tener el nombre de voz omnisciente o padre feliz. Dios es personalizado, entonces, por la puerta falsa: sus necesidades serían nuestras afirmaciones y viceversa. La función de la escritura se completa con el rostro, no la máscara, que busca el autor.

Fernando Araújo comparte estas preocupaciones respecto de lo sacro (basta ver sus siete "veredictos" en el juicio a Dios [págs. 67-76], o "Fiesta" [pág. 37]), pero el entorno familiar es evadido casi por completo. Me refiero a la recreación de una estructura hogareña, que para las reflexiones de Zableh resulta pertinente e inspiradora. Araújo, en cambio, se deleita con el tema de los distintos antifaces que posee el acercamiento de un hombre a una mujer. Tiene mano de narrador<sup>5</sup>. Su flanco débil, empero, es engolosinarse con las palabras, extenderse en demasía. O perder una oportunidad redonda de hacer un gol de media cancha, como en "Un beso nada más". La voz que le habla a la mujer se revela de pronto ambigua: "No lo hice la primera vez porque era muy pronto, y usted me diría [que] yo no soy de esas...". La creación del suspenso necesario ya se había dado, pero al final del texto, cuando esa voz que habla se revela como la de un hombre, se confirma lo que anticipábamos: "Usted jamás entenderá lo humillado que uno se siente..." [pág. 8]. Qué diferencia fundamental y sorpren-

dente habría sido el cambio de identidad ("...lo humillado que uno se siente..."), ¿verdad? Pero esta especulación tiene otras razones basadas en la concepción placentera de las historias de Araújo, por más que el sufrimiento (ojo, que el sufrimiento puede constituir el surtidor de placer de un artista) sea invocado. Si la evocación de Dios está despersonalizada (por más que en su proceso judicial aparezca con diversos ropajes y huesos), el amor, en cambio, es un orden —Sísifo completo— inalcanzable. El erotismo, la libido, mueve no a las estrellas sino a los miembros del género humano. El saberlo es una dádiva que se llama, en tantísimas ocasiones, literatura. El saberlo es un tajo más en la solitaria parcela del infinito. Tiempo que nos gana hasta en la ausencia del goce; ansiedad que las especies restantes ignoran olímpicamente. La filosofía nos ha hecho creer que nuestra situación tiene un nombre: libertad, conciencia, albedrío. La escritura en general —sobre todo la lírica— nos recuerda día a día, hora tras hora, que el fin de toda grandeza es el único medio que nos comunica. Es, a fin de cuentas, la apetencia:

*Voy por la calle y una mujer, siempre una mujer, me seduce (me seduzco en ella). Calle, bar, bus, parque o teatro, da lo mismo, ella terminará por apartarme de todo, por tragarse mis pensamientos a medias, mis sentimientos a medias y mis inagotables déficits económicos. La veo pasar y me voy tras ella con toda esa parte de mí que me domina y no entiendo del todo. La recorro, la contemplo, la imagino... la creo. Y a pesar de mi creación, persiste el misterio. Y a pesar de mi imaginación, se diluye su esencia. Igual, la sigo aunque ya no esté. La persigo. Y en ese obsesivo seguirla tal vez podré conocerla, quizás hasta lleguemos a una palabra, un beso, una caricia. Sin embargo, jamás conseguiré aprehenderla.*

Este seguimiento es el rastro misterioso de la palabra en pos de sí.

Araújo lo presente, y por eso es que en su territorio oscilan las composiciones largas, narrativas, y las chispas de un inesperado y maravilloso resplandor<sup>6</sup>.



Decir que éste es un libro simpático es proclamar una verdad del lector que aquí opina. Pero es mucho más, en los hechos. Se trata de una exhibición de rara maestría entre jóvenes: una labor asumida con una devoción tan recomendable, tan necesaria. Que el tiempo, pues, la ratifique.

EDGAR O'HARA  
Universidad de Washington  
(Seattle)

1. "Una de las experiencias que recuerdo más... (no encuentro un término especial para describirlo), con un sentimiento entre admiración y espanto, fue un diálogo terrible entre los tres conversadores más agudos, más crueles e implacables que ha tenido la ciudad de Lima: Martín Adán, Enrique Bustamante y Ballivián y Raúl Porras Barrenechea, los tres juntos, como para liquidar al género humano. Nunca tuve, ni en los mejores libros, ni en los mejores libros de poemas o de filosofía, la sensación del poder del castellano que en la boca de estas maravillosas víboras". Cf. José María Arguedas, "Testimonio y lectura", en *Revista Peruana de Cultura* [Lima], núms. 13-14, diciembre de 1970, pág. 13.
2. Juan Ríos, *Sobre mi propia vida. Diario 1940-1991*, Lima, Talleres Gráficos Cosmos, 1993.

3. Es el adverbio con el sufijo *mente*, que asoma con asiduidad en los textos de Zableh. Saquemos la cuenta: esperaré pacientemente (pág. 17); simplemente existiré (pág. 23); agradezco infinitamente (pág. 24); a una gasolinera, específicamente a la sección... (pág. 25); insoportablemente larga (pág. 25); momentáneamente inmóviles (pág. 26); Lamentablemente, usted... (pág. 29); indudablemente (pág. 33); esperando mansamente (pág. 35); delicadamente (pág. 38); preferiblemente (pág. 38); increíblemente sexy (pág. 38); presenté mutuamente (pág. 39); Ocasionalmente (pág. 40); ¿No te has sentido algunas veces mediocrementemente igual a todos, asfixiantemente común y copiado? (pág. 40); seguramente (pág. 42); digo la verdad gratuitamente (pág. 46); fervorosamente católicos (pág. 52); Hicieron aplicadamente la fila (pág. 58); contribuye decididamente (pág. 60); hablan constantemente (pág. 64); absolutamente (pág. 67); marchando lánguidamente (pág. 74); Cobrará eficientemente los derechos de autor y vigilará celosamente... (pág. 77); dormir plácidamente (pág. 79); endemoniadamente hambriento (pág. 85); creer ciegamente (pág. 88); escribiendo ininterrumpidamente (pág. 89); gratamente (pág. 89); desesperadamente (pág. 91); puntualmente (pág. 91); directamente (pág. 105); totalmente cierto (pág. 112); obrado egoístamente (pág. 113); Básicamente (pág. 117); horizontalmente (pág. 125); bruscamente (pág. 125); frecuentemente (pág. 128); simplemente (págs. 131 y 132); definitivamente (pág. 134); claramente (pág. 135).

Estos adverbios son en Araújo menos frecuentes, pero cuando aparecen lo hacen como para dar testimonio entero, concentrados. Helos aquí: Posiblemente (pág. 7); eternamente (pág. 65); secamente (pág. 69); atildadamente (pág. 71); ...se ha distraído constantemente con las piernas de su defendida, el juez se ha limitado a sonreír, un poco lascivamente (pág. 71); Posteriormente (pág. 72); absolutamente (pág. 72); precisamente (pág. 75); deliberadamente (pág. 75); simplemente (pág. 87); infinitamente (pág. 88).

4. Doy la alineación de mi equipo titular (con cinco suplentes): "Mi don es un don nadie" (pág. 20), "Música clásica" (pág. 35), "Domingo, día santo" (pág. 44), "Mejor la piscina privada" (pág. 46), "Trono vacío" (pág. 55), "Amnesia" (pág. 57), "Buenos recuerdos" (pág. 61), "Los dones se aprovechan" (pág. 87), "Yo sólo quería ser escritor" (pág. 88), "Se busca un culpable" (pág. 90), "El sol afecta el cerebro" (pág. 93), "El despertar de la belleza" (pág. 105), "Días sin nombre" (pág. 106), "La feli-

5. Le gustan las composiciones divididas en partes. Junto a la secuencia de los veredictos tenemos, por ejemplo, la de la mujer (I-III, págs. 48-51) y los tres diálogos sobre la relación con otra persona (págs. 30-33).
6. Éstos son los textos de Fernando Araújo que más me gustaron: "La belleza de lo efímero" (pág. 12), "Perspectivas" (pág. 13), "Conocerte" (pág. 14), "La ruina en ocho preguntas" (pág. 18), "Las vísceras que yo querría" (pág. 19), "Cuestión de interés" (pág. 23), "Equívoco del temblor y un cigarrillo" (págs. 26-28), "Fiesta" (pág. 37), "Premiada hipocresía" (pág. 43), "Vida felina" (pág. 46), "Inventario" (pág. 47), "Una convención y nada más" (pág. 53), "Monumentos ambulantes" (pág. 56), "Sonia" (pág. 57), "Nicola di Bari" (pág. 61), "Entre buscar y encontrar" (pág. 64).

## Temas científicos tratados con claridad, sin posmodernidad y sin jerga

### Principio y fin y otros ensayos

Antonio Vélez Montoya

Editorial Universidad de Antioquia, Medellín, 2000, 256 págs., il.

Antonio Vélez Montoya es ingeniero electricista de la Universidad Pontificia Bolivariana (Medellín) y máster en matemáticas de la Universidad de Illinois (Estados Unidos). Según la nota biográfica, ha sido profesor de matemáticas en las universidades de Antioquia, Valle, Eafit y Pontificia Bolivariana, y ha publicado un libro de álgebra, *El álgebra moderna*, otro titulado *Medicinas alternativas*, y un tercero sobre la evolución, *Del big bang al homo sapiens*.

El perfil podría hacer retroceder al lector y temer una lectura aburrida y esquemática pero a la segunda página del primer capítulo la lectura se desenvuelve con fluidez. De forma amena, clara y decidida, el autor plantea una serie de temas científicos que parten del origen de